

Pelasgos y Micénicos en Tesalia*

J. L. GARCÍA RAMÓN

1. Hay en las primeras etapas de la historia de Grecia una serie de problemas de todo tipo para cuya solución los testimonios de los autores antiguos no sólo no han sido de excesiva utilidad, sino que más bien han contribuido a complicar que a explicar las cosas. Baste recordar en este sentido el difuso significado que en la tradición antigua tiene el término «eolio», auténtico cajón de sastre en el que entraba toda estirpe o dialecto griego no clasificable como jonio, ático o dorio; la fidelidad a ultranza a tales fuentes ha alentado teorías como la del sustrato eolio cuya gratuidad hemos pretendido hacer ver en alguna ocasión¹.

Ahora bien, si en un campo como la dialectología, en que disponemos de datos epigráficos —por limitados y tardíos que sean— se está muy lejos de alcanzar resultados definitivos, mayores son aún las dificultades que plantean aquellos dominios en que

no hay dato alguno lingüístico. Es éste el caso de las poblaciones originarias («Urbevölkerungen») de Grecia y, concretamente, el de los llamados pelasgos.

Son muchos los aspectos de la cuestión pelásgica (extensión, carácter étnico, lengua, etc.) y un estudio global como el abordado en 1960 por F. Lochner-Hüttenbach² desborda los límites de esta aportación. Ante todo, hemos de precisar que no es la lengua —ni, consiguientemente, el carácter étnico— de los pelasgos lo que nos ocupará. El hecho de no disponer de un sólo texto o glosa «pelásgicos»³ no contribuye ciertamente al interés de las especulaciones en este sentido hasta ahora llevadas a cabo y que pretenden explicar *obscura per obscuriora*. Así, sin necesidad de llegar al extremo de A. Fick⁴, que distinguía con la mayor imperturbabilidad los topónimos «pelásgicos» de los «le-

* El presente trabajo, realizado en el Seminario de Filología Clásica de la Universidad de Erlangen-Nürnberg durante los meses de julio y agosto de 1974, se ha beneficiado de las amables sugerencias y críticas de A. Heubeck y M. S. Ruipérez. La responsabilidad de los conceptos vertidos es, en cualquier caso, exclusivamente mía.

¹ J. L. GARCÍA RAMÓN: «El llamado sustrato eólico: revisión crítica», *CFC* 5, 1973, 233-277, que se limita a una crítica de la teoría tradicional en cuanto a la posible extensión de éste y a esbozar algunas posibilidades de interpretación. Los problemas relativos a la cronología, carácter dialectal y evolución diferencial del grupo eolio, así como la negación de la supuesta migración eolia en la Edad del Bronce, han sido desarrolladas en nuestro libro *Les origines postmycéniennes du groupe dialectal éolien*, Salamanca 1975.

² F. LOCHNER-HÜTTENBACH: *Die Pelasger*, Viena 1960, ZEPHYRVS, XXVI-XXVII, 1976

con una recopilación de la totalidad de las fuentes griegas y latinas relativas a los pelasgos, que constituye la parte más sólida del libro. En cualquier caso, la amplísima documentación y bibliografía en él contenidas son de enorme utilidad. Igualmente interesantes son las páginas dedicadas a los pelasgos por E. MEYER: *Forschungen zur alten Geschichte*, I. 1, Halle, 1892, 1-124, y la síntesis de D. A. HESTER: «Recent Developments in Mediterranean 'substrate' Studies», *Minos* 9:1, 1968, 219-235, esp. 228-231 («Pelagian»).

³ Empleamos «pelásgico» en el sentido de «perteneciente o relativo a la lengua de los pelasgos», sin relación alguna con la pretendida lengua de sustrato etiquetada convencionalmente con tal designación por V. Georgiev o A. J. van Windekens.

⁴ A. FICK: *Vorgriechische Ortsnamen als Quelle für die Vorgeschichte Griechenlands*, Gotinga 1905. El lector

légicos» y éstos a su vez de los «hititas» (cuando los textos de Boghaz-Köi no habían sido aún descubiertos), no nos parece tampoco recomendable la tesis de Lochner-Hüttenbach que identifica a los pelasgos como ilirios y está basada en último término en una lengua de la que muy poco sabemos aún hoy⁵.

Nuestra contribución se concreta, por tanto, en un intento de delimitación del área originaria de los pelasgos, que permitirá esbozar la modalidad de las relaciones entre éstos y los griegos, y pretenderá justificar la amplia difusión a ellos atribuida.

2. Si la falta de material lingüístico es un grave inconveniente, el valor de los datos de la tradición es muy dudoso por diversas razones:

a) Por la evidente falta de un concepto claro de Πελασγοί.

b) Porque generalmente la primera noticia sobre pelasgos en tal o cual región es repetida o comentada por autores sucesivos sin mayor crítica⁶, lo cual reduce considerablemente el *corpus* de fuentes independientes.

se pregunta con qué criterios cabe identificar Ἄζωρος (p. 99) o Γυρτών (pp. 13 y 20) como «pelásgicos», Ἄμυρος (p. 107) como «lelégico» y Παγασαί (pp. 78 y 127) como «hitita», por no citar sino algunos casos de topónimos localizables en Tesalia.

⁵ Las teorías de H. KRAHE sobre el ilirio, que de tan gran predicamento gozaron antes de los años cincuenta, fueron abandonadas, al menos en su primitiva formulación, por el propio autor poco antes de su muerte. Para una crítica sistemática y clara del ilirismo, cf. H. KRONASSER: «Illyrier und Illyricum», *Sprache* 11, 1965, 154-183. Con todo, en el reciente Coloquio de Estudios Ilíricos celebrado en Tirana en 1972 (= *Studia Albanica* 2) los conceptos de «lengua iliria», «etnia iliria» y similares se manejan sin mayor crítica como realidades incuestionables, cf. especialmente M. KORKUTI: «A propos de la formation de l'ethnie illyrienne», *ibidem*, 55-76.

⁶ Cuando el autor que sirve de fuente a los posteriores tiene el prestigio de Homero, o incluso de Heródoto, es inútil esperar otra cosa que comentarios y conjeturas al respecto, pero nunca una crítica metódica. Muy significativa en este sentido es la alusión de Homero (í 177) a pelasgos en Creta, junto a aqueos, eteocretenses, cidones y dorios. De las restantes fuentes que recogen la noticia, la mayoría se limitan a comentar el pasaje homérico, explícitamente unos (Andron *FGrH* 10, fr. 16; Strab. 5.2.4, 10.4.6; Eusth. *Od.* 1861.19), implícitamente otros (Staphyl. *FGrH* 269, Fr. 12; Diod. 4.60.2, 5.80.1; Dion. Hal. 1.18; Conon *FGrH* 26 Fr. 1), conjeturando su lugar de origen (Tesalia según Andrón, Argos según Conón), su distribución en la isla, etc. En cualquier caso, lo que nunca se pone en duda es la veracidad del testimonio homérico. En nuestro trabajo citamos por lo general sólo la primera fuente para cada caso; para las posteriores en el mismo sentido, cf. el completo repertorio de LOCHNER-HÜTTENBACH: *op. cit.*, 182 ss.

⁷ La noticia remonta a Helánico de Lesbos, historiador

c) Porque la extensión atribuida a los pelasgos ha sido favorecida artificialmente por asociaciones debidas a relaciones de vecindad geográfica (con los tirsenos⁷ en Asia Menor, por ejemplo) o de parentesco mítico (así, la difusión de Larisa —hija mítica de Pelasgo— en Tesalia, Elide, Troade, Argólida, Creta, Campania, etc.⁸).

Parece, pues, más importante para la extensión de los pelasgos la localización de los topónimos en que se aluda a Πελασγοί o derivados. En este sentido cabe una primera aproximación, a la que podrán adaptarse *a posteriori* los datos tradicionales.

La única región en que tales topónimos aparecen es Tesalia. Así, la parte oriental, la tradicionalmente considerada como más independiente respecto al pretendido influjo del griego del NW, es la Πελασγιώτις, con una terminación -ιώτις que presupone una forma previa Πελασγία⁹, tierra de Πελασγοί. Ello encuentra correlato en el Πελασγικὸν Ἄργος¹⁰ con que el *Catálogo de las Naves* introduce (B 681) la enumeración de los aliados tesalios.

del siglo v (*FGrH* 4, Fr. 4, citado por Dion. Hal. 1.28.3: Ἑλλάνικος ὁ Λέσβιος τοὺς Τυρσηνοὺς φησι Πελασγοῦς πρότερον καλουμένους, ἐπειδὴ κατόκησαν ἐν Ἰταλίᾳ, παραλαβεῖν ἦν ὡς ἔχουσι προσηγορίαν. Como ha hecho ver LOCHNER-HÜTTENBACH: *op. cit.* 103-104, se trata de una confusión facilitada por la vecindad de los pretendidos tirsenos y los pelasgos en ciertas regiones como el NW de Asia Menor y el Atica. Por lo demás, las objeciones a la autenticidad de las noticias referidas tanto a un pueblo como a otro que formuló de paso M. Sakellariou, *La migration grecque en Ionie*, Atenas 1958, 209-215 siguen en pie. La relación de los sistemas gráficos del etrusco, del rético y del lemnio a partir de un antiguo silabario tirreno o «palásgico» de Italia, que plantea negativamente M. Lejeune «A propos de la langue des Pélasges», *Atti del Primo Simposio Internazionale di Protoistoria Italiana*, Roma 1967, 209-215 constituye un problema en sí mismo; pero la aplicación del término «pelásgico» no es menos convencional, aunque en otro sentido, que la que de él hacen Georgiev y sus seguidores.

⁸ Cf. para el detalle el artículo «Larisa», *RE* 12.1, 840-873 (varios autores).

⁹ Para la derivación de las formas en -ιώτης / -ιώτις como creaciones a partir de formas en -ία, según analogía con Μασσαλία : Μασσαλιώτης, Ι, Περία : Περιώτης, etc., cf. F. GSCHNITZER: «Namen und Wesen der thessalischen Tetraden», *Hermes* 82, 1954, 451-454, que demuestra que las tétrades tesalias toman sus nombres de los antiguos topónimos y no de los pueblos que las ocuparon.

¹⁰ Si el Πελασγικὸν Ἄργος se refiere a la llanura de la Pelasgiótide (así, A. PHILIPPSON: *Die griechischen Landschaften*, I. 1 «Thessalien und die Spercheiosenke», Frankfurt 1950, 263), si sólo a Larisa Cremaste en la Acaya Ftiótide (así, H. M. CHADWICK: *The Heroic Age*, Cambridge 1912, 280 n. 1) o si a un colectivo para toda Tesalia y concretamente, para las localidades que siguen en la enumeración (así, V. Burr, ΝΕΩΝ ΚΑΤΑΛΟΓΟΣ. *Untersu-*

Así pues, toponimia y tradición apuntan a una antigua Πελασγία tesalia y sólo tesalia¹¹. Por lo demás, uno de los lugares comunes más reiterados de la tradición es el origen tesalio de los pelagos¹², por lo que es éste un punto que no precisa de insistir.

3. Volviendo ya forzosamente a las fuentes antiguas, es de hacer notar que también en regiones no griegas vecinas de Tesalia se nos habla de pelagos. Así, Aquiles invoca la Zeus dodoneo como pelásgico (P 288 Ζεῦ ἄνα, Δοδωναίε, Πελασγικέ), lo cual, junto con la noticia de Hesíodo (Fr. 319 Merkelbach-West: Δοδώνην φηγόν τε, Πελασγῶν ἔδρανον, ἦεν) apunta a la existencia de pelagos en el Epiro¹³.

Finalmente, los pelagos son citados como descendientes de Pelasgo y aliados de los troyanos en el *Catálogo troyano* (B 840-1: Ἴππόθοος δ' ἄγε φύλα Πελασγῶν ἐγγεσιμῶρων, | τῶν οἱ Λάρισαν ἐριβόλακα ναιτάσκων) y en la *Dolonia* (K 429 καὶ Λέλεγες καὶ Καύκωνες δῖοί τε Πελασγοί) junto a carios, peonios, misios, tracios y otras estirpes no griegas mejor o peor conocidas asentadas al Norte de Tesalia (¿Macedonia?, ¿Tracia?) y de Asia Menor.

Queda, pues, en claro a juzgar por el testimonio homérico que debió haber pelagos no sólo en Tesalia, sino también al Norte (NE, NW) y Este de la región, es decir, en un área no demasiado extensa si se considera la superficie total de la península balcánica. Los contactos de tal área con la costa nor-

te de Asia Menor son conocidos¹⁴ y es en este lugar donde debió surgir la asociación con los tirseños y la consiguiente expansión —artificial— por Italia, que tan explotada ha sido en favor de la tesis iliria.

4. Ahora bien, con el área que hemos sugerido como pelásgica no queda agotada la cuestión. Una somera ojeada a las fuentes antiguas nos presenta pelagos en Creta (ya desde Homero¹⁵), en Atica (ampliamente tratado por Heródoto¹⁶), en Arcadia (arrancando de la alusión heriodesa¹⁷ al linaje pelásgico de Licaón), en Acaya (donde Heródoto¹⁸ alude a los Αἰγιαλέες Πελασγοί) y Argólide (donde Helánico¹⁹ cita una Larisa fundada por Pelasgo). Finalmente, una noticia de Eforo²⁰ sobre pelagos —tal vez tracios— en Beocia esté en relación clara con el conocido elemento tracio en esta región y apunta al área que hemos propuesto *supra* (cf. § 3) como propiamente pelásgica.

Es decir, aun descartando la información relativa a Arcadia (confusión mítica) y a la Argólide (falsa interpretación del Πελασγικὸν Ἄργος homérico) las relativas a Creta, Atica y Acaya parecen apuntar a una difusión más amplia que la que hemos propuesto. Se plantea, pues, la cuestión de si el término «pelasgo» corresponde a una estirpe determinada y, en caso afirmativo, si fue ésta —o sólo su nombre genérico— lo que se extendió de manera totalmente convencional por todo el Mediterráneo.

5. En nuestra opinión, es clara la existencia de

chungen zum homerischen Schiffskatalog, Klio Beiheft 49, 1944, 87) es cosa incierta, como reconocen recientemente R. HOPE SIMPSON-H. J. LAZENBY: *The Catalogue of the Ships in Homer's Iliad*, Oxford 1970, 127.

¹¹ Desde luego, el muro llamado Πελαργικὸν del Atica (Hdt. 5.64) no tiene que ver con un pretendido *Πελασγικὸν previo, lo cual implicaría un caso de rotacismo sin precedente en ático. Para una discusión, cf. LOCHNER-HÜTTENBACH: *op. cit.*, 116.

¹² Así, Hecat. *FGrH* 1, Fr. 15; Hellan. *FGrH* 4, Fr. 4; Andron *FGrH* 10, Fr. 16; Strab. 5.2.3-4, 9.5.3, etc. Igualmente lo da por cierto D. A. HESTER: *Minos* 9.1, 1968, 230.

¹³ Sobre alusiones a pelagos en contacto con el oráculo de Dodona, cf. Hdt. 2.75. La información hesiodesa se recoge en Strab. 7.7.10.

¹⁴ Es de la Tesalia Pelasgiótide de donde proceden los futuros lesbios colonizadores de la Eólida, ca. 1000, aunque contactos previos no son descartables en modo alguno. Si la Larisa de B 841 y la de P 301 τῆλ' ἀπὸ Λαρίσης ἐριβόλακος se refieren a la misma de Strab. 9.5.19 y 13.3.2 (al parecer en Tróade) o bien a la Larisa Fricónide, es de-

cir, la Cime eolia (cf. Burr, *op. cit.*, 146), es cosa que no puede precisarse con certeza.

¹⁵ τ 175-7: ἐν μὲν Ἀχαιοί, | ἐν δὲ Ἐτεόκρητες μεγάλητορες, ἐν δὲ Κύδωνες | Δωριεῖς τε τριχάϊκες δῖοί τε Πελασγοί. Para este caso, como para los siguientes, cf. discusión en Lochner-Hüttenbach.

¹⁶ Hdt. 1.57; 2.51; 4.145.2; 6.137, etc.

¹⁷ Fr. 161 MERKELBACH-WEST: υἱεῖς ἐξεγένοντο Λυκάονος ἀντιθέοιο | ὃν ποτε τίκτη Πελασγός.

¹⁸ Hdt. 7.94: Ἴωνες δὲ ὅσον μὲν χρόνον ἐν Πελοποννήσῳ οἶκεον τὴν νῦν καλεομένην Ἀχαιίην καὶ πρὶν ἢ Δαναόν τε καὶ Ἰούθον ἀπικέσθαι ἐς Πελοποννήσον, ὡς Ἕλληνας λέγουσι, ἐκαλέοντο Πελασγοί Αἰγιαλέες, ἐπὶ δὲ Ἴωνες τοῦ Ἰούθου, Ἴωνες.

¹⁹ Hellan *FGrH* 4, Fr. 36a: ... διενείμαντο τὴν Ἀργεῖαν. καὶ ἡ μὲν πρὸς Ἐρασίνω τῷ ποταμῷ Πελασγῶ ἔλαχε, τῷ καὶ τὴν ἐκεῖ Λάρισαν κτίσαντι.

²⁰ Eph. *FGrH* 70 Fr. 119 (Strab. 9.2.3 ss.): ὡς δ' αὐτως ὑπὸ Θρακῶν καὶ Πελασγῶν ἐκπέσοντες (los sucesores de los beocios). Cf. también Diod. 19.53.7 y Strab. 9.2.3-4 y 9.2.25. La existencia de un elemento tracio en Beocia es, por lo demás, bien conocida.

un grupo étnico pelásgico *a*) en Tesalia, *b*) en el Epiro y *c*) en la futura Macedonia. Los pelasgos, estirpe no griega (alineada en el *Catálogo troyano* con los enemigos de la empresa panhelénica), sería tal vez indoeuropea (Zeus es invocado como Πελασγικέ²¹) y constituiría el elemento pregriego —o al menos una parte de éste— de estas regiones, que constituyen un área relativamente bien definible.

Por el contrario, nada hay que indique un carácter étnico tan concreto en el resto de las noticias ofrecidas por la tradición, sobre todo si tenemos en cuenta la identificación con pueblos tan diversos como los tirsenos, los egialeos o los arcades. Nos resulta más verosímil que fuera *simplemente el término* «pelasgo» —difuso, vacío de sentido— *lo que se extendió*. Se trataría en tal caso de explicar *a*) quiénes fueron los agentes de tal difusión, *b*) a partir de qué punto, y *c*) el porqué de tal proceso.

En este sentido cabe observar:

a) Los pelasgos son siempre puestos en relación e incluso identificados con las poblaciones pregriegas o pretendidas autóctonas²² y, en último caso, con los griegos predorios, es decir, los creadores del mundo micénico y hablantes del «griego oriental»²³: así, las alusiones a Τυρσήνους Πελασγούς (Helánico fr. 4), a Ἀρκάδες Πελασγοί (in-

tegrantes de la migración jonia, cf. Hdt. 1.146) o a Αἰγιαλέες Πελασγοί (Hdt. 7.94). En cualquier caso, aunque éstas y otras alusiones no fueran definitivas, bastaría el testimonio de Hérodoto²⁴, que opone a los áticos (como Πελασγικὸν ἔθνος) y a los lacedemonios (como Ἑλληνικὸν ἔθνος). Resulta de ello que no pudieron ser sino los griegos de la primera migración²⁵ quienes difundieron el nombre de «pelasgos». Pero ¿desde dónde? Con ello, entramos en la segunda cuestión.

b) En este sentido es fundamental la aportación de L. G. Hammond, quien en su reciente libro sobre el Epiro llegó a conclusiones trascendentales²⁶: las inequívocas coincidencias en cuanto a tipos de enterramiento y armas que acompañan al difunto observadas entre Vajzë (Epiro) y los sepulcros de Micenas sugieren que los fundadores del mundo micénico —y no sólo los dorios²⁷ de la pretendida última gran migración— procedían del Epiro y de la parte occidental de Macedonia. Suponemos, por tanto, que antes de su entrada en Grecia los futuros griegos orientales —que hablarían un griego poco diferenciado— coexistieron en este área que hemos propuesto como pelásgica con las poblaciones pregriegas allí establecidas; descendieron al área —también pelásgica— de Tesalia y desde allí se extendieron por toda la Hélade, como prueban las coincidencias míticas, toponímicas y

²¹ La asimilación de la epiclesis Πελασγικέ a partir de una población pregriega no indoeuropea es, desde luego, posible.

²² Es sabido que en la conciencia helénica, «pelasgo» era sinónimo de «pregriego» (Hdt. 2.56: δοκέει ἔμοι ἡ γυνὴ αὐτῆ τῆς νῦν Ἑλλάδος, πρότερον δὲ Πελασγίας καλεομένης) o de «autóctono» (Hes. Fr. 160 Merkelbach-West, citado por Apollod. *Bibl.* 2.1.1.5: Ἡσίοδος δὲ τὸν Πελασγὸν αὐτόχθονά φησιν εἶναι).

²³ Entendemos por tal el grupo dialectal del que procederían arcadio-chipriota y jónico-ático —«Ostgriechisch» según W. Porzig: *IF* 61, 1954, 147 ss., «Süd-griechisch» según E. Risch: *MH* 12, 1955, 61 ss.— aún no diferenciados.

²⁴ Hdt. 1.56: Ἱστορέων δὲ εὔρισκε Λακεδαιμονίους τε καὶ Ἀθηναίους προέχοντας, τοὺς μὲν τοῦ Δωρικοῦ γένους, τοὺς δὲ τοῦ Ἴωνικοῦ. Ταῦτα γὰρ ἦν τὰ προκεκριμένα, ἔόντα τὸ ἀρχαῖον τὸ μὲν Πελασγικόν, τὸ δὲ Ἑλληνικὸν ἔθνος. Sobre el orden de palabras aparentemente confuso, cf. Lochner-Hüttenbach: *op. cit.*, 105 ss.

²⁵ Entendemos por «primera migración» la que trajo a Grecia a los futuros hablantes de griego oriental, cf. nota 23. Si, como está generalmente admitido desde Porzig, los futuros arcadios y chipriotas entraron en Grecia junto con los futuros jonios y si, como hemos pretendido hacer ver (cf. *Origines...*), el grupo eolio sólo surgió en época postmicénica, la pretendida segunda migración aqueo-eolio des-

aparece por completo y sólo cabe hablar de dos migraciones fundamentales; ello se acopla perfectamente a los datos de la arqueología que sólo distingue micénico y submicénico, sin huella alguna de una discontinuidad cultural producida por la pretendida segunda migración.

²⁶ L. G. Hammond: *Epirus*, Oxford 1967, 341 ss.; en el mismo sentido, *A History of Macedonia I*, Oxford 1972, 269 ss.

²⁷ La tradicional asociación de dorios e ilirios, que remontaría a una época de vecindad en el Epiro resulta altamente cuestionable: si los fundadores de la cultura micénica procedían de la misma región, es posible que también éstos guardaran relación con los ilirios, lo cual explicaría los probables ilirismos del micénico (por ej., *te-u-to* PY Jn 601.3, *ne-ri-to* Cn 131, pese a las críticas de O. Masson: *Acta Mycenaea*, Salamanca 1972, 289-291). Cabe, desde luego, suponer que los ilirios llegaron al Epiro y entraron en contacto con los dorios en una época en que los primeros griegos ya habían entrado en Grecia. Una vez más, nos encontramos ante una posibilidad indemostrable. A mayor abundamiento, hay incluso argumentos lingüísticos de peso que sugieren que los «dorios» estaban ya incorporados al mundo micénico y que, por tanto, sólo cabe hablar de una única gran migración griega en Grecia, cf. J. Chadwick: «The Mycenaean Dorians», *Minutes of the Mycenaean Seminar, Institute of Classical Studies, London*, 29-october 1975.

cultuales y el origen tesalio de la mayoría de los mitos griegos²⁸.

c) En tal caso, si los primeros griegos permanecieron en el área más claramente pelásgica de Grecia (Tesalia) algún tiempo y difundieron desde allí una serie de mitos y topónimos, es muy verosímil que difundieran también —como sinónimo de «pregriego», de «bárbaro» por así decir— el nombre de los primeros pregriegos (= ¡pelasgos!) que encontraron a las puertas de Grecia. Tal proceso de difusión y generalización encuentra correlato sin salir del Mediterráneo mismo. Así, los romanos llaman *Graeci* a todos los griegos a partir de los primeros colonizadores (¿de Eubea?) llegados a Italia²⁹, e *Illyrici* a los pueblos de más allá de la península de Istria, fueran o no localizables en el ámbito pretendidamente ilirio³⁰. Los ejemplos pueden desde luego multiplicarse, pero basta con citar uno clarísimo: una unidad étnica superior recibe, por generalización, denominaciones distintas (esp. *alemanes*, *Alemania*, fr. *Allemands*, *Allemagne*, pero it. *tedeschi*, *Germania*, etc.) según las primeras stirpes que, en cada caso, fueron conocidas.

6. Podemos, pues, resumir el proceso propuesto como sigue:

Cuando los griegos aún están a las puertas de Grecia (ca. 2000-1700), en Epiro, en Macedonia, tal vez ya en Tesalia, encuentran una población pregriega cuya lengua no entienden.

A partir de ca. 1700, coincidiendo con la primera gran migración, el término «pelasgo», sinóni-

mo de «bárbaro, pregriego», se extiende por toda Grecia y se aplica a las stirpes pregriegas de diversas regiones. Nada hay que pruebe que tales stirpes estuvieran emparentadas lingüística ni étnica mente con los pelasgos auténticos. Ahora bien, para los griegos micénicos recién llegados, las lenguas de unos y otros tendrían el denominador común de ser ininteligibles, «pelásgicas».

En Homero suponemos que los pelasgos del *Catálogo troyano*, alineados junto a pueblos no griegos mejor o peor conocidos, no estaban helenizados pese a ocupar áreas no lejanas del mundo griego. En Tesalia, en cambio, sólo queda el recuerdo de la antigua población en el nombre mismo del Πελασγικὸν Ἄργος, si bien el autor del *Catálogo* (obra que suponemos muy reciente, y desde luego no de época micénica³¹) especifica acto seguido (B 681) que lo habitan stirpes griegas (mirmídones, heLENOS, aqueos); todo ello sugiere la posibilidad de una rápida asimilación de los primitivos pelasgos.

Sólo el caso de Creta es especialmente oscuro: si los δῖοι τε Πελασγοί son ya una mera fórmula desprovista de sentido propio³², si se refiere a elementos realmente pelasgos procedentes de Tesalia³³ o incluso a simples pregriegos de la isla³⁴, es cosa que no podemos precisar por ahora.

Lo indudable es que si en Homero ya hay una idea muy difusa de lo que el término «pelasgo» significaba, al menos desde el punto de vista lingüístico, para los autores posteriores no se trataba sino de un vocablo vacío de sentido concreto y aplicable a todo lo que fuera no griego e incluso

²⁸ Para una amplia gama de datos, cf. W. PORZIG: *IF* 61, 1954, 165 ss. y sobre todo, F. KIECHLE: *Historia* 9, 1960, 38 ss.

²⁹ Γραικά, como topónimo del que probablemente deriva Γραικοί, se encuentra atestiguado en Beocia, además de en Eubea (B 498). Γραικά es también epíteto de Deméter.

³⁰ Cf. H. KRONASSER: *Sprache* 11, 156.

³¹ Cf. J. L. GARCÍA RAMÓN: *En torno al Catálogo de las Naves homérico*, *CFC* 7, 1954, 145-180 para una puesta al día de la cuestión y una crítica de las teorías (T. W. ALLEN, V. BURR, D. L. PAGE, R. HOPE SIMPSON-J. F. LAZENBY, S. HILLER, entre otros) que, con criterios más arqueológicos que lingüísticos, ven en el *Catálogo* un documento de respetable antigüedad micénica.

³² Si en δῖοι τε Πελασγοί (τ 177 = K 249) el epíteto δῖοι (δῖφ-ός como Δῖφ-ός, Δῖφ-ί etc.) debe entenderse con la significación de «hijo de Zeus» —y apuntar consiguientemente a un origen dodoneo, como el del propio Zeus— es cosa que no podemos precisar. Aunque la fórmula se hubiera acuñado en época en que significara «hijo

de Zeus», es posible que estuviera ya vacía de sentido en los dos pasajes citados, que son de carácter reconocidamente reciente (en el primero se alude a dorios, el segundo pertenece a la *Dolonia*).

³³ Las relaciones de Tesalia con Creta, si las hubo son muy enigmáticas. A falta de datos concluyentes que sólo la arqueología puede en este caso aportar, no sabemos si hubo migración a la isla desde Tesalia ni, en caso de que la hubiera habido, quiénes fueron los migradores. Por lo demás, la existencia de un elemento de sustrato eolio en Creta en época submicénica, sugerida por formas aisladas de infinitivo temático como προφειπεμεν *SGDI* 5090.2 (Lito, s. V), tropieza con la misma dificultad: el paso a la flexión temática de una desinencia -μεν atemática ¿fue innovación espontánea del elemento dorio de la isla, o hay que hacerlo proceder de la Tesalia protoeolia?

³⁴ La existencia en Creta de una Larisa junto a Hierapitna (Strab. 9.5.19) y de un Λαρίσιον πεδῖον junto a Olero habría facilitado la confusión y la suposición de un elemento pelasgo en la isla. Para una discusión con bibliografía, cf. LOCHNER-HÜTTENBACH: *op. cit.*, 99-100.

a griego de la más alta antigüedad. Así pues, el escepticismo de E. Meyer en 1892 («Aischylos und Herodot, Hellanikos und Thukydidēs wussten über die Pelasger nicht mehr als wir»³⁵) mantiene hoy su vigencia.

7. Por centrarnos finalmente en Tesalia, los más recientes hallazgos arqueológicos, de los que V. Milošić³⁶ da una visión concluyente en su contribución al Ier Congreso de Micenología (Roma, 1967), han demostrado que la cultura micénica conoció durante el Heládico Reciente una gran extensión, llegando hasta los confines más occidentales de la región (Trica, Farsalo, Olóson). Resulta de ello que las posibilidades de que la lengua de los pelasgos, probablemente «micenizados», hubiera desaparecido pronto son mayores que cuando se suponía con J. B. Wace y M. S. Thompson³⁷ que el elemento micénico se limitaba a la zona costera de Yolco. El proceso de asimilación de la lengua griega por los pelasgos no diferirá en lo esencial del glosado por Heródoto³⁸ para el Atica; su cronología, en cambio, nos escapa totalmente, y suponemos que la ignorancia que confiesa el historiador³⁹ era compartida por Homero y tal vez ya por los sucesores de los micénicos.

Como hizo ver G. Neumann⁴⁰ en su reseña al libro de Lochner-Hüttenbach tantas veces citado, sólo una investigación exhaustiva de topónimos, antropónimos y gentilicios y, en general, de la onomástica pregriega tesalia permitiría una aproxima-

ción a la que pudo ser la lengua de los pelasgos. Ahora bien, aunque los datos epigráficos⁴¹ depa- ran una gran cantidad de material aún no estudiado sistemáticamente, la posibilidad de reconstruir la lengua del sustrato pelásgico en Tesalia depende de que no hubiera en la región elemento alguno de adstrato o suprestrato *no griego*. Pero tal condición no se da: por no citar sino el caso más claro, hay en Tesalia un elemento macedonio, no forzosa- mente de sustrato, atestiguado desde mediados de la Edad del Bronce y hasta bien entrada la del Hierro⁴², al que hemos de atribuir nombres como Βερενικων IG IX.2, 568.20, Βερεκκας 517.71 (hipocorístico) o topónimos como Βοίβη (=Φοί- βη ?⁴³). Con todo, claro está, un escepticismo total no será admisible mientras no se lleve a cabo la investigación sistemática que sugerimos.

8. El punto de vista que defendemos no es el único válido, tal vez ni siquiera el más sugestivo, y tememos que no sea posible una corroboración —ni refutación— definitiva. En cualquier caso, si bien la tesis propuesta no pretende explicarlo todo, intenta justificar por qué no todo puede explicarse, hace más comprensibles las inconsecuencias y exageraciones de la tradición antigua relativa a la extensión de los pelasgos y, al centrar a los pelasgos auténticos en una región determinada, abre la puerta a un posible estudio lingüístico.

Madrid

³⁵ E. MEYER: *Forschungen zur alten Geschichte* I, 1, Halle 1892, 124. Inútil insistir en las exageraciones en todos los sentidos a que podrían conducir las especulaciones de autores posteriores a Heródoto, para quienes el término «pelasgo» era aplicable en última instancia no ya a las «Urbevölkerungen» griegas, sino incluso a las de Italia.

³⁶ V. MILOŠIĆ: *Mykenische Epoche in Thessalien*, «Atti Roma» III 1968, 1094-1099.

³⁷ J. B. WACE-M. S. THOMPSON: *Prehistoric Thessaly*, Cambridge 1912.

³⁸ Hdt. 1.56: τὸ Ἀττικὸν ἔθνος ἐὼν Πελασγικὸν ἅμα τῇ μεταβολῇ τῇ ἐς Ἑλλάδας καὶ τὴν γλῶσσαν μετέμαθε.

³⁹ Hdt. 1.57: ἦντινα γλῶσσαν ἴεσαν οἱ Πελασγοί, οὐκ ἔχω ἀτρεκέως εἰπεῖν.

⁴⁰ *Gnomon* 34, 1962, 370-374.

⁴¹ Las referencias del *corpus* de las inscripciones de Tesalia posteriores a la edición de O. KERN en IG IX.2 se encuentra en el repertorio de A. S. McDEVITT: *Inscriptions from Thessaly*, Hildesheim-Nueva York 1970. Las numerosas listas de nombres propios en ellas contenidas (por ej. en IG 517 ó 524, citadas por Neumann) tienen evidente interés.

⁴² Cf. S. M. SNODGRASS: *The Dark Age of Greece*, Edimburgo 1971, 322-323; V. R. d'A. DESBOROUGH: *The Greek Dark Ages*, Londres 1972, 104 y 213 ss; L. G. HAMMOND: *A History of Macedonia I*, 400 ss.

⁴³ Nos hemos limitado a citar algunos de los casos más claramente relacionables con lo poco que del macedonio podemos saber, concretamente la proporción gr. φ: mac. β. La filiación lingüística del macedonio, lengua de la que no tenemos ni un solo texto escrito, sigue siendo un enigma. Las teorías que ven en él un dialecto griego no resultan en modo alguno convincentes, al menos desde el punto de vista lingüístico. Así, O. HOFFMANN: *Die Makedoner, ihre Sprache und Volkstum*, Gotinga 1906, que lo considera como dialecto hermano del tesalio; más recientemente, J. KALLÉRIS: *Les anciens Macédoniens I*, Atenas 1954 y, con argumentos históricos, Ap. DASKALAKIS: *The Hellenism of the Ancient Macedonians*, Tesalónica 1965. Cabe también citar la peregrina idea de J. PROBONA: Ἡ συγγένεια Μακεδονικῆς καὶ Μικηναϊκῆς διαλέκτου καὶ ἡ πρωτοελληνικὴ καταγωγή τῶν Μακεδόνων, Atenas 1973, para quien el macedonio es micénico (!), cf. nuestra reseña en *Minos* 14:1, 1974, 194-196 ss.